

Mutación y debilitamiento de lo progresista. De la izquierda social a la izquierda cultural

Mutation and weakening of progressiveness: from the social left to the cultural left

Josep Burgaya

Doctor en Historia Contemporánea.
Profesor en la Universidad Vic-
Universidad Central de Cataluña,
decano de la Facultad de Empresa y
Comunicación.
burgaya@yahoo.com

Resumen

El artículo discute la creciente fractura que se advierte entre una izquierda “material”, de crítica y confrontación de aspectos y efectos sustantivos del capitalismo contemporáneo —empobrecimiento y desigualdades masivas, deterioro urbano, etc.— y una izquierda “identitaria” de derivación crecientemente individualista. Las políticas de izquierda así concebidas se presentan como creando nuevos derechos, sin sustento en las configuraciones estructurales sobre las que se asientan y de los efectos que generan. Estas mutaciones diluyen toda noción de solidaridad, de bienestar compartido, de reciprocidad, de limitaciones a las capacidades de satisfacer deseos y a la necesidad de aceptar determinados sacrificios en pro de lo colectivo, que constituían rasgos constitutivos de la izquierda “material”. Como resultado la izquierda y sus gobiernos resultan atrapados en un laberinto creciente individuación de lo social, en el doble marco de un capitalismo y una democracia en crisis.

Fecha de recepción:
7.6.24

Fecha de aceptación:
16.8.24

Palabras clave: capitalismo contemporáneo - crisis de la democracia - transformaciones de la izquierda - política de identidades - individualismo - neoliberalismo

Abstract

The article discusses the current mutations in the Left and the subsequent weakening of its more radical, traditional, focus on capitalism and democracy in terms of class conflicts, social emancipation and collective well-being. Moving toward more individualist approaches, this new emphasis is addressed at building subjective or individualistic identities to the detriment of collective solidarity, thus objectively reinvigorating the conventional ideological tenets of neoliberal capitalism, which in turn explains the re-emergence of right wing electoral forces in a number of countries across the world.

Key-words: *contemporary capitalism - crisis of democracy - Left mutations - identity policies - individualism - neoliberalism*

La sociedad capitalista relega a sectores enteros de su ciudadanía al vertedero, pero muestra una delicadeza exquisita para no ofender sus convicciones
(Terry Eagleton)

Hay una auténtica escisión entre la llamada “izquierda material” y la “izquierda identitaria”. De hecho, prácticamente se ha impuesto esta última. El lenguaje resulta muy elocuente. Las políticas de izquierda ya no apelan a lo colectivo o al papel de la intervención o el gasto público. Se centran en el concepto de “derechos”. Así, la población, básicamente sería depositaria de derechos, lo cual tiene un cierto sesgo hacia la prelatura de lo individual. La izquierda se presenta, la socialdemócrata y la otra, como quien garantiza, expande e, incluso, crea nuevos derechos. Ha desaparecido cualquier noción de solidaridad, de bienestar compartido, de reciprocidad, de limitaciones a las capacidades de satisfacer deseos, a la necesidad de aceptar determinados sacrificios en pro de la sostenibilidad medioambiental. Los individuos, los ciudadanos, además de derechos tenemos obligaciones hacia la colectividad, hacia esto que algunos llaman, equívocamente, patria. ¿Cómo es posible que un capitalismo en crisis coincida también con una crisis profunda de la izquierda?, se pregunta Félix Ovejero (2018).

La izquierda europea, pero también la extraeuropea, basó su fortaleza por saber representar a los trabajadores, la creación de un nosotros colectivo en el que las aspiraciones

eran justamente nacionales, conjuntas. Esto fue así tanto por los partidos socialistas como los comunistas del mundo occidental. Había una visión de conjunto, un proyecto compartido donde había emancipación, pero especialmente sacrificios para conseguirla. Pero a partir de los años ochenta, con compases temporales diferentes según los países, se mutó hacia la defensa de valores grupales de sensibilidad (género, orientación sexual, etnicismo...) y de intereses individuales. Ni la nación, y aún menos la clase social, es ahora la fuente principal de la identidad. Ya no hay un interés colectivo que trascienda lo material o lo puramente individual. El progresismo abandonó ya hace años la preeminencia de la comunidad, del patriotismo cívico y de la dignidad del trabajo, abonándose a la retórica del crecimiento económico y al ascenso social según el mérito. Jean Baudrillard (2006), ya denunció, en textos de los años ochenta, la deriva de la izquierda hacia los valores de tal manera que transformaba el escenario político hacia un escenario moral. Una “izquierda divina”, la llamó.

Enzo Traverso (2017), nos habla de la dimensión melancólica del pensamiento revolucionario. Tiene ello que ver con el fracaso de la utopía que llevaba implícita. No se trata de un duelo por el fracaso, sino de melancolía que es una disposición perdurable en el tiempo y centrada en los vencidos. En términos freudianos, esta “melancolía de izquierdas” es el resultado de un duelo imposible: el comunismo. Las utopías del siglo pasado han desaparecido y han dejado un presente cargado de memoria, pero incapaz de proyectarse en el futuro. No hay horizonte de expectativa. La caída del comunismo coincidió con la extinción del fordismo, el fin del modelo de capitalismo industrial que había dominado todo el siglo XX. La introducción del trabajo flexible, móvil y precario, así como la penetración de los modelos individualistas de competencia entre asalariados. De esta manera, el movimiento obrero europeo perdió tanto su base social como su cultura. A largo plazo, las sociedades fían su existencia a las utopías. Las del siglo XXI, aún no se han creado. La defensa de identidades fragmentadas no constituye un horizonte de futuro, más bien resulta un “mientras tanto” basado en un subproducto del individualismo liberal. Pareciera, que el progresismo de hoy cree poco en la política de verdad y se conforma con ser testigo del sufrimiento. Volvemos al principio, estamos en un tiempo liminal.

También la izquierda, toda vez que tiene que admitir que el trabajo ha devenido un bien escaso, encabeza la reivindicación de la Renta Básica Universal, algo que a pesar de que resulte ya imprescindible, no crea sentido de colectividad y de pertenencia y que entre los educados en la cultura del trabajo resulta poco más que un “subsidio salarial”, casi una ofensa. En realidad, lo que se llama a sí misma “izquierda transformadora” lo que hace es intentar agrupar electoralmente a un conjunto de movimientos fragmentados, individualizados, que no tienen no solamente ningún proyecto revolucionario, tampoco un planteamiento transformador para la colectividad. Quizás, como plantea Slavoj Žižek (2016), la RBU tiene sentido si se reconceptualiza y, más que una ayuda a los trabajadores se plantee como reconocimiento económico del hecho de que, en

una economía basada en el conocimiento, la productividad colectiva del “intelecto general” es la fuente clave de la riqueza. La emancipación del trabajo no es un proceso meramente técnico. Exige conciencia política y una profunda transformación de las expectativas culturales. Los sindicatos, no introducen ninguna de las dos cosas, mientras defienden los empleos y las condiciones laborales preexistentes. Vinculan su identidad a la composición industrial del trabajo, algo que, al menos en Occidente, nunca volverá a ser como antes. Habría que dar respuesta a la depresión que significa la pérdida de su trabajo y de su utilidad social. Hasta hoy en día, la gente ha sido educada para creer que el trabajo es el fundamento de la identidad y la dignidad y que su socialización y cultura depende del entorno laboral.

En la cultura de izquierdas de los últimos años, se ha interiorizado el concepto de “crecimiento económico” como crecimiento del Producto Interior Bruto, y este se calcula en términos de valor, de riqueza monetaria. No se valora el aumento del bienestar general, de la disminución de la desigualdad, de satisfacción de las necesidades básicas. Ciertamente que se han introducido otros métodos de análisis (Índice de Gini, Índice de Desarrollo Humano...), pero siempre de manera más bien marginal. El PIB continúa siendo la referencia dominante. Resulta, pues, que la izquierda se ha situado en el marco mental de capitalismo más liberal. Cuando el concepto “escasez” que pivotaba la economía clásica se ha desbordado, no hay progresismo que pueda eludir que la capacidad de producción y la productividad permiten la satisfacción material de todos los ciudadanos, que el problema es únicamente de distribución diferente, de mecanismos de intervención a la tendencia a la concentración de riqueza y de capital. Hay una obsolescencia del concepto y forma del salario. Este es una superstición que no deja ver que el trabajo es cada vez menos necesario y que su competencia frente a la tecnología está perdida de antemano. El conocimiento colectivo actúa como causa de desempleo y de reducción del salario. Se impone la búsqueda de otro paradigma para la redistribución de rentas y riqueza.

La izquierda perdida en el laberinto de la identidad

Sin idealismo, la política se reduce a una forma de contabilidad social, y esto es algo que un conservador puede tolerar muy bien, pero para la izquierda significa una catástrofe
(Tony Judt)

En las condiciones actuales de evolución del empleo y los salarios, la precarización del trabajo está disolviendo a marchas forzadas las condiciones para autoperibirse como clase. Las personas se han vuelto incapaces de rebelarse en el sentido clásico y organizado, porque la precariedad, la angustia y la competencia del trabajo actual no les permiten ver las condiciones para la autonomía y la solidaridad. Se impone la soledad irritada.

Los trabajadores ya no se perciben como parte de una comunidad, solo coinciden de manera aleatoria en medio de la masa.

Laclau y Mouffe se pasaron toda la década de los ochenta para sentar los cimientos de lo que se convertiría en la política identitaria. Su artículo “Socialist strategy: Where next?” de 1981, arranca admitiendo con nobleza que el socialismo ha quedado cuestionado por la aparición de “nuevas contradicciones”. “El discurso central del marxismo se ha centrado en la lucha de clases y las contradicciones del capitalismo, pero la noción de lucha de clases necesita ser modificada”. Para ellos, el capitalismo neoliberal ha dado lugar a nuevas formas de dominación al margen de los procesos productivos. Estas, han generado opresiones y demandas de representación que ya no se corresponden con los campos sociales definidos de manera clásica. Se plantea, así, una nueva forma de conducción de lo político, dividiendo en dos a la sociedad y a apelar a la movilización del pueblo frente a las élites. Un concepto, el del antagonismo polarizador, que no deja de ser tomado del pensador reaccionario de los años treinta Carl Schmitt (2014). Una manera de ordenar la sociedad a través de un eje sencillo de oposición. Estos campos que se pretenden antagónicos son la antítesis del ideal liberal y democrático de conducir los conflictos y los intereses confrontados por vías que conduzcan al compromiso y al arbitraje. La política se radicaliza a partir de la contraposición amigo/enemigo. Desaparece la empatía. Según Chantal Mouffe (2021), para crear una voluntad colectiva a partir de demandas heterogéneas hace falta un líder que pueda representar a la unidad.

Un cierto marxismo encontró en la política identitaria y la interseccionalidad una prole ideológica que parecía satisfecha de habitar el espacio trufado de contradicciones, absurdos e hipocresías. A todos aquellos que quieren expresar la rabia de no ser reconocidos en sus elementos personales de identidad, los cuales pretenden que sean asumidos por el poder constituido y le faciliten reconocimiento. Se definen una diversidad de “sujetos revolucionarios” que van más allá del concepto de clase social y de su determinismo económico y laboral. Resultó esencial para la nueva izquierda europea y latinoamericana, pero sobre todo a la española que cristalizaría en el 15-M y en Podemos, la lectura de Laclau, el cual con su “razón populista” daba un quiebro al marxismo y con los conceptos de “hegemónico” y “contrahegemónico” desvirtuaba el concepto de clase. Lo curioso no era tanto una lectura específica que hacía de Gramsci, sino el que Carl Schmitt se convirtiera ahora en una referencia de esta nueva izquierda. Uno de los conceptos recuperados por este izquierdismo ha sido el de multitud, el cual consideran más adecuado que el estático de “pueblo”. Esta recuperación, no en el sentido caótico del Antiguo Régimen, sino como expresión de movimiento abierto y heterogéneo que recoge las nuevas luchas, proviene del filósofo y semiólogo italiano Paolo Virno (2006), el cual considera que el término recoge un mundo en el que la centralidad del trabajo ha quedado diluida.

En la última década, en el mundo occidental, los partidos de izquierda han ido perdiendo los votantes sin estudios universitarios. En Estados Unidos, dos terceras partes del votante blanco sin formación, el típico habitante de la América profunda optó en 2016 por Donald Trump. En general, los partidos de izquierda ya no son los representantes de los obreros industriales o de los más precarizados del sector servicios. Han buscado un nuevo electorado entre profesionales, élites intelectuales, jóvenes con identidades culturales marcadas. No han dado respuesta a la incertidumbre y a la desigualdad creciente. Los agraviados de la globalización y las nuevas tecnologías recurren a los nuevos mesías del populismo de derechas o al nacionalismo identitario que, al menos, les proporciona nostalgia.

También en la izquierda identitaria el aspecto emocional de la movilización deviene fundamental. Y, aquí, también aparece el componente complotista que de manera diferente campa entre la nueva derecha. La idea de una omnipresencia de un poder opaco al servicio de los grandes intereses económicos, el cual responde a un orden simple y racional al servicio de las élites, el gran capital o a las corporaciones hegemónicas. Las teorías del complot aparecen a menudo. En torno a la pandemia, las verdades alternativas respecto a su existencia o su propagación fueron inmensas, al igual que muchas negativas debido a la existencia de “intereses ocultos” en relación con las vacunas frente a la Covid. Aparece a menudo el “Deep State”, como concepto multiusos. Pero como reflexiona Berardi (2017), la moralidad social y la ética universal de la Ilustración nunca se restablecerán de un modo eficaz ante el abrumador dominio de los intereses corporativos, ya que el proceso de globalización acabó todas las regulaciones imprescindibles para proteger la dignidad humana y el entorno natural.

El programa político de la izquierda radical con propuestas populistas no se concreta mucho más que en desalojar a los gobiernos establecidos, movilizándolo más a partir de eslóganes que de proyectos de calado que vayan más allá de recoger todo tipo de reivindicaciones sectoriales. Resulta una izquierda arco iris que recela sistemáticamente de planteamientos consensuales, lo cual le permite acusar a los viejos partidos socialdemócratas de ser meras versiones descafeinadas de los intereses dominantes. Se otorga a todo tipo de excluidos el rostro de mártires de la verdad, situándose en un cierto sectarismo. Lo cierto es que, cuando gobiernan, como en el caso español Podemos en coalición con el PSOE, más allá de lo identitario que hace referencia al reconocimiento de lo particular como obligación colectiva, sus planteamientos sobre los grandes temas no van mucho más allá de la socialdemocracia histórica, la que existía en Europa antes del Nuevo Laborismo y de Tony Blair.

Que los trabajadores que en gran parte de los países democráticos europeos votaban socialista o comunista durante décadas se fueran desplazando hacia la abstención primero y hacia las nuevas extremas derechas después cogió a contrapié a la izquierda y con una notable incapacidad de reacción ya que el traslado fue paulatino. La Agrupación

Nacional francesa (antes Frente Nacional), únicamente contaba con un 3 por ciento de voto obrero en 1974. A mediados de los años noventa ya era el 30 por ciento. Ahora ya es bastante más de la mitad de su soporte electoral. Y, esto, en una Francia en la que también hay una potente propuesta populista a la izquierda que es la que encabeza Jean-Luc Mélenchon, quien también pretende representar la desconfianza y el recelo de parte de la sociedad. No deja de ser elocuente que, en Francia, tanto los populismos de derecha como de izquierda se encontraron atrapados por sus relaciones con la Rusia de Putin, el cual les ha procurado hasta hoy una parte de su financiación, a cuenta de un euroescepticismo debilitador de la Unión Europea.

El recurso al referéndum está presente entre la izquierda populista, bastante partidaria de someter muchas de las decisiones a la consulta popular. Hay un cierto interés en la desintermediación política y a que la ciudadanía se manifieste de manera directa, ya sea con referendos o bien de manera asamblearia, mecanismo que también les resulta adecuado. Esta voluntad de tender a la “democracia directa” aumentó con la eclosión de internet y de las redes sociales. Algunos vieron como posibilidad una especie de “democracia electrónica” de establecer mecanismos de consulta continua. Entender la vida política como la suma de decisiones particulares resulta una cierta deformación de lo colectivo. Twitter no es un ágora, no hace la función de espacio público donde se debate. Este punto de vista representa confundir el activismo como actitud bastante presente en este espacio político como la voluntad general, algo que lógicamente dista mucho de ser cierto. También aquí, se produce una cierta identificación de lo electoral con lo democrático. Algo que está absolutamente presente en los populismos autoritarios de la derecha.

Para la izquierda, aparece una especie de nuevo sujeto revolucionario heterogéneo donde coexisten los feminismos, el medioambientalismo, las cuestiones de género, el multiculturalismo y la juventud. Forman lo que de manera despectiva la derecha ha calificado como “antisistemas”. Un *melting pot* poco compatible con un programa político realista y aplicable, una comunión de sensibilidades poco proclives a las renunciaciones y virajes inherentes al ejercicio del poder. La etapa final, siempre será la frustración. Pero justamente estos contenidos básicos del progresismo permiten a la derecha presentar sus antagonistas como representativos del declive de las instituciones y de la falta de autoridad, de su incapacidad para ofrecer un proyecto de futuro. A medida que la izquierda identitaria se comporte de manera tan moralista, fundamentalista y sectaria, la derecha también identitaria a su manera, ganará los corazones, las mentes y las elecciones. Se apropiará de la defensa de la libertad ante lo que se percibe como una censura por parte de los bien pensantes. Las primaveras árabes de los años 2010 a 2012 y la ocupación de plazas del 15-M, juntamente con el movimiento *Occupy Wall Street* crearon en la izquierda la sensación que se abría un nuevo ciclo de movilizaciones de dimensión global que podía conducir a dinámicas de cambio profundas, cuasi revolucionarias. Eran consecuencia de la resaca de la crisis económica de 2007 y del hartazgo en el mundo árabe con los

regímenes cuasi dictatoriales que les tocaron padecer durante décadas. Fue un espejismo. La reaparición del fundamentalismo islámico juntamente con consideraciones de tipo geopolítico dio poco margen al cambio en el norte de África y Oriente Medio. La demanda en Occidente de “democracia real, ya” tuvo un recorrido más bien corto, excepto en España o Alemania, que consiguió materializarse políticamente. Die Linke fue una respuesta de la izquierda alemana ante el surgimiento de una nueva extrema derecha con gran capacidad de movilización del desencanto existente, especialmente en la antigua Alemania Oriental. El crecimiento del AfD (Alternativa por Alemania), juntamente con la enorme presión migratoria que estalló en el verano de 2015, indujo a la construcción de una mirada progresista.

A título de ejemplo de las maniobras de distracción del progresismo inventando problemas que no existen sobre igualdad y sexualidad, últimamente el gobierno catalán llevó a término una campaña de fomento del topless, aprovechando que era el día mundial del tema. El gobierno de la Generalitat que tiene una consejería de Igualdad y Feminismos y no va sobrada de trabajo, ha creído conveniente aprovecharlo para aleccionarnos y hacer una campaña publicitaria en la que estimula a la práctica del topless femenino en nombre de superar la discriminación de género al respecto. Se ve que una asociación de nombre tan elocuente como el de Pezones Libres, ha sido la inductora de una movida donde, qué curiosidad, en la parte gráfica se muestra el pezón de un hombre y no aparece ninguna mujer. Que yo sepa, la práctica del topless no sólo no está prohibida, sino que se practica con toda normalidad por aquellas personas que les apetece y se sienten cómodas. No se ve ni se siente ninguna reacción airada de nadie que se sienta ofendido por tal cosa. Normalidad. Quien quiere lo hace, pero nadie está obligado a hacerlo. Aceptación y tolerancia por parte de todos. Los tiempos del blanco y negro de gente puritana y falsamente beata que reaccionaban estremecidos ante unos senos femeninos al descubierto hace mucho tiempo que han pasado a la historia. Afortunadamente. ¿Qué sentido tiene esta campaña, entonces?

Ciertamente realiza una función de sustitución de ocuparse de los problemas reales, de distracción. A medida que los gobiernos, todos, han ido quedando incapacitados para actuar sobre problemas estructurales, suelen actuar en terrenos simbólicos como vía para conformar un grupo de afinidad. Ya hace años, existe un progresismo más bien de postureo que de realidad al que le encanta librar batallas culturales en lugar de cambiar el contexto en el que nos vemos obligados a desarrollar nuestras vidas. Existe una desigualdad creciente que arruina el concepto de sociedad, sus lazos y sus solidaridades. Hay una cada vez más precarización en el mundo del trabajo, más gente excluida y pobre. Tenemos problemas por falta de viviendas asequibles y las situaciones de pobreza aumentan, mientras hemos medio desguazado el Estado de bienestar. Podemos continuar. Tenemos el calentamiento global, el cambio climático, el envejecimiento de la población, la sobrepoblación, la falta de expectativas para los jóvenes, ciudades sucias, una turistifica-

ción insoportable... Como ni se sabe ni se tienen muchos instrumentos para actuar frente a los retos de verdad, nos distraemos en temas de valores sobreactuando y pontificando.

Lógicamente, no es que el tema de la igualdad de género y los feminismos no sea importante. Lo es y mucho, pero tiene que ver con la necesidad de cambios culturales y de mentalidad que alcanza a la esfera personal y, en todo caso, deberían impregnar toda la obra de un gobierno. No tiene sentido, y en ocasiones se generan reacciones contrarias, cuando se crean departamentos cuya función, creen, es la de ejercer de comisariado. Por la misma regla de tres, debería haber ministerios o departamentos que se ocuparan de la libertad, de la fraternidad, de la empatía o del buen humor. Que sea deseable, que aspiremos a que la sociedad avance hacia estos valores, no implica que sea necesario un departamento de gobierno. Éste, el sentido de su existencia es gestionar y promover políticas públicas. Para la sensibilidad, la espiritualidad o del espíritu cívico como ciudadanos no necesitamos leyes, reglamentos ni declaraciones de buenas intenciones de los gobernantes. Éstos, que se ocupen de mejorar las condiciones materiales de nuestra existencia o, como mínimo, que no las empeoren demasiado. Al menos yo, no encuentro demasiado progresista estimular batallas culturales con la derecha más reaccionaria, que es de hecho lo que se busca con este tipo de campañas. Así, se crea un “nosotros” y un “ellos” que sirve sobre todo para alinear bandos opuestos y cohesionar cultural y políticamente a los “tuyos”. La forma de crear una polaridad que no lleva a ninguna parte más allá de aumentar la crispación. No contribuye al avance de la sociedad y más bien a su retroceso. La derecha extrema, o no tanto, se mofará y levantará el grito en el cielo. Gente que no es reaccionaria, que tiene problemas e incertidumbres que no se le ayuda a resolver y que no es carga,¹ se apuntará. Lo hará porque se ha hartado de tanta impostura. Lógicamente Vox y otros neorrancios han aprovechado la ocasión y han aceptado el reto de llevarlo al terreno de la guerra cultural. Incluso desde el entorno de antiguos políticos de Ciudadanos, se está impulsando una “asociación cultural”, *Pie en la Pared*, como un think tank de nuevo cuño, afirman para defender a la democracia liberal y plantar cara a la “hegemonía de la izquierda *woke* aferrada al discurso feminista radical progre”, según sus palabras. Macarena Olona, ex portavoz de Vox, lanza un movimiento para combatir, a nivel internacional, afirma, la “ideología de género”. Resulta curioso, y bastante elocuente, que el progresismo no pretenda combatir el reaccionarismo y el populismo de la nueva derecha autoritaria.

¿A quién se representa?

Me reconozco sensible ante el argumento de que los burgueses ilustrados de izquierda nos solazamos con las revoluciones lejanas, estas incómodas revoluciones que no quisiéramos interpretar como protagonistas
(Manuel Vázquez Montalbán)

Fragmentar identidades hasta la ridiculez acaba con la cultura de izquierdas y hace robusto al liberalismo a través del arma de choque que es el postfascismo. La izquierda ha obviado algo fundamental que, históricamente la ha hecho fuerte: ser de izquierda es una identidad. Una identidad fuerte con un proyecto común para superar la desigualdad estructural, la exclusión y posibilitar una vida digna. Mientras el populismo de la derecha ofrece a los ciudadanos una referencia y una salida a su odio, la izquierda secciona lo colectivo en multitud de instancias identitarias. Llevar el debate a la cultura de la diversidad provoca que las clases subalternas pierdan conciencia de serlo. Toda emancipación que no tenga un pie en la inequidad material acaba por reforzar a la reacción y al capitalismo actual. La crítica constructiva al identitarismo izquierdista y a su promoción de la corrección política tendría que proceder de la propia izquierda. A la derecha ya le convienen estos roles establecidos pues no se pone en cuestión el predominio de los privilegiados. Como plantea de manera elocuente Caroline Fourest (2021), “hay que volver a aprender a defender la igualdad, y no la mera diversidad”. Cuando se reitera el tema de la diversidad, se está validando la desigualdad que crea la economía de mercado. El relato que focaliza la diversidad renuncia a establecer el principio de igualdad. A su entender, la izquierda no es que defienda algo distinto a lo que la vio nacer, sino algo absolutamente en contradicción con su naturaleza. Se compartimenta la vida pública en “colectivos” encapsulados en su identidad cultural. No hay compromiso universalista, ni tan solo noción de ciudadanía. No deja de ser relevante, que la defensa de lo cultural en el mundo occidental no se hace blandiendo los grandes valores del Renacimiento o la Ilustración, sino de reivindicar culturas nacionales.

Toda la izquierda, la socialdemócrata y la “transformadora”, ha incorporado el tema de la diversidad como una cuestión esencial de su proyecto político. Quizás de una manera más funcional en el ámbito moderado y de forma más absoluta, como marca propia, la izquierda más radical. La influencia académica en estos ámbitos políticos ha sido extraordinaria. Sus cuadros y militantes no proceden del mundo del trabajo fordista ni del precariado, sino del trabajo intelectual y el activismo cultural. Ahí la hegemonía y los estudios en torno a las cuestiones de diversidad ostentan una hegemonía total. Como ha escrito Daniel Bernabé (2018), “cuanta menos capacidad de cambiar lo material tiene una corriente política, con más insistencia tiende a buscar las formas de influir en lo simbólico”. Las políticas redistributivas quedan para más adelante. Pero al asumir

el campo de la corrección la izquierda, la derecha asume que su campo de juego está en la incorrección. Isabel Díaz Ayuso, como tantos populistas reaccionarios, entendió que podía liderar una cínica lucha por la libertad de expresión, aunque sus postulados tengan poco de ello. Ciertamente, que la izquierda liberal, ha intentado dar la batalla de las ideas contra la izquierda radical situada en el ámbito de las políticas identitarias y la apropiación cultural, acusándola de limitar la libertad de expresión. En este caso, la confrontación más que intentar retornar a la izquierda a las preocupaciones de clase lo que pretende es justificar el capitalismo actual, como ya hizo en los años noventa. Es el caso de instituciones como *Renewing The Centre*, plataforma pretendidamente apartidista y en la que opera Tony Blair, que contrata a reputados intelectuales para esta función de zapa y justificación. Su guerra es contra la izquierda y en defensa del *mainstream* dominante.

En realidad, la izquierda ha hecho suya la cultura de la clase media con un cierto nivel cultural y con formación universitaria. Ha caído en asumir un rol pequeñoburgués, al igual que los movimientos sindicales representan a los trabajadores públicos y con más seguridades y no a los que son víctimas de la precarización y la exclusión. En este entorno social y cultural, la estabilidad y moderación que se les supone resulta compatible con actitudes radicales y promesas de aventura. Lo mismo sucede en Cataluña con unas clases medias dadas a jugar a la revolución con *El Procés*,². En realidad, no es una radicalidad estructural, que afecte a lo material, es solamente un desahogo hecho a través de happenings y un activismo cargado de grandilocuencias. Analizar la composición social de algunas organizaciones nos daría mucha información sobre la figura del activista acomodado. Porque aquí, lo importante no es la consecución de nada, sino “identificarse”, ser alguien en el mundo de la diversidad.

De manera elocuente, preocupa mucho menos a la izquierda el mundo de la pobreza extrema. Hay, en todas las ciudades occidentales un grave déficit de atención a las personas que viven en la calle, los llamados sintecho. Una asociación que trabaja para ayudar y atender a la gente que vive en la calle, acaba de realizar un censo completo en Barcelona. Nos hablan de 1.231 personas. Muchas, demasiadas. Es un ejemplo. Más de mil historias y vidas que no tienen las condiciones para poder llamarla de esta manera. Afirman, que se ha doblado la cifra de los que existían antes de la crisis del 2008. La ciudad turistificada y emblema de la modernidad convive sin demasiados problemas con este drama, con esa falta total de respeto, consideración y dignidad que implica que alguien no disponga de un techo básico en el que desarrollar una existencia decente. No hay proyecto vital, perspectivas de futuro para la gente condenada a vivir al raso. El problema es que nos hemos acostumbrado demasiado a convivir con esa realidad. Cuando nos los cruzamos, miramos hacia otro lado para no tener mala conciencia y para que no se vea herida nuestra extrema sensibilidad. Su condición de total exclusión nos interpela y nos resulta más práctico ignorarlos. Sufren el extremo calor del verano, las noches frías del invierno, la falta de higiene, la escasa alimentación, la enfermedad y, lo que es mucho peor, nuestra indife-

rencia y la condena a una soledad absoluta mientras han de sobreponerse a sus fantasmas. A estas alturas, ya no cuentan ni con los cajeros automáticos de las oficinas bancarias, ya que las instituciones financieras se han ido volviendo invisibles en nuestras calles. No hay demostración de mayor fracaso de nuestra sociedad, de la capacidad de generar formas de exclusión múltiples hasta el extremo de aceptar la normalidad de personas abandonadas a su suerte en el portal de casa o junto a los contenedores de basura. Ciertamente hay entidades que se esfuerzan en paliar la situación de esta gente y, probablemente, sería demasiado simple e injusto acusar a los ayuntamientos y al resto de administraciones de dejadez o de inacción. Los servicios sociales, me consta que, donde más donde menos, realizan esfuerzos y habilitan albergues, comedores y zonas de acogida donde cubrir un mínimo sus necesidades. Pero resulta obvio que no es suficiente. Una evidencia más de las limitaciones de nuestra civilización y de la trituradora de posibilidades de vida plena en las que se ha convertido nuestro sistema económico y social.

No es un tema especialmente barcelonés. En todas nuestras ciudades existe una cuota de esta exclusión máxima. En España se calculan en más de 40.000 las personas que se encuentran en esta condición. En Europa, más allá de migrantes y refugiados, son varios millones. En el rico barrio de Manhattan te los puedes encontrar en cada esquina. Ciertamente el tema es complejo y las causas de tanta gente en esta situación son muy variadas y no todas ellas derivadas directamente de la exclusión económica. Problemas de alcoholismo y otras adicciones conviven con cuadros de enfermedades mentales muy diversas. También es cierto que, en su estado, muchos de ellos se niegan a recibir auxilio o acudir a comedores o dormitorios sociales. Pero a pesar de ser un tema con raíces muy estructurales y que es necesario preservar los derechos personales de todos ellos, moralmente no se puede aceptar. El abandono y la miseria extrema es algo que no debería ser posible en esa parte del mundo donde nos sobra de todo. No hablo de ser más compasivos, lo que de hecho no estaría mal, ni de impregnarnos de una especie de “buenismo” ligado a la caridad cristiana, ni tampoco de evitar el carácter antiestético, la pérdida de *glamour*, que a una ciudad de diseño le da gente durmiendo envuelta con cartones que nos recuerdan que más allá de nuestro bienestar, la autosatisfacción y nuestro narcisismo, existen otras vidas menos fáciles en nuestro entorno. Una sola persona abandonada a su suerte, por la razón que sea, debería increparnos y deberíamos encontrarlo intolerable e inaceptable. Nos deberíamos rebelar. No vale aquí el discurso de la libertad personal o el romanticismo malentendido de los “clochards” de París. Una sociedad que confunde la libertad con el individualismo y la competitividad exagerada resulta una colectividad dañina, ineficiente y enferma. Jugamos a que unos pocos ganadores se lo lleven todo: el reconocimiento, la gloria y el dinero. A partir de aquí sólo hay una gradación en escala de perdedores -aunque muchos no son conscientes de ello- ocupando los distintos niveles que van incorporando dosis mayores de exclusiones, frustraciones y formas de humillación. Hay al final un último eslabón que, de tan precario, ni siquiera nos damos cuenta de que lo pisamos cuando caminamos por la acera. Fracaso.

Exceso de “corrección política”

Cuando creas una cultura del miedo, no sabes lo que piensan los demás
(Peter Boghossian)

De manera progresiva, la agenda de la izquierda marcada cada vez más por la intelectualidad universitaria y mucho menos por los sindicatos de clase, giró hacia lo cultural. Ya no se trataba de derribar o modificar un orden económico y político que fomentaba la desigualdad, sino que había que transformar los valores sobre los que se había sostenido el predominio de las ideas y la cultura occidentales. El problema de resignificación de conceptos culturales y de dar protagonismo a la diversidad de identidades no es un problema en sí mismo, también es un intento de responder a notables injusticias históricas, pero pierde el sentido colectivo cuando no se enmarca en un proyecto de emancipación más amplio en lo que lo económico y fundamental debería tener prelación. Si esto no es así, se corre el peligro de instalarse en una ficción en la que se justifica o se disimulan los grandes problemas de fondo que están convirtiendo nuestro mundo en brutalmente desigual y donde la exclusión económica es cada vez más grande. Tiene algo de falsedad y de defensa de valores o preocupaciones de sectores que en realidad no están excluidos, que forman parte de una cultura pequeñoburguesa. En Francia, la intelectualidad progresista convenció a François Hollande, allá por el 2012, de que se olvidase de los sectores populares, considerados arcaicos y sin energía transformadora, y forjara una nueva mayoría a partir de una nueva alianza de las clases urbanas y las minorías. En España, aún antes, fue el planteamiento del PSOE de Rodríguez Zapatero, corregido, aunque solo en parte, con el liderazgo y presidencia de Pedro Sánchez. El surgimiento del movimiento de Podemos que resultaba más innovador y atractivo para una parte de este electorado, hizo que el PSOE se viera obligado a apelar a su electorado más tradicional. Los efectos de la crisis y los años del Partido Popular en el gobierno hicieron el resto.

En Francia, en España y en muchos otros países, el surgimiento de movimientos populistas de derecha extrema y las movilizaciones de los “impresentables” generó el nacimiento de una retórica “antifascista” que más que combatir los peligros de posibles movimientos totalitarios, ha servido para acallar las preocupaciones y malestares de las clases populares, las cuales sin que se recoja su ira por la izquierda, se expresan fuera de la corrección política. Pero los problemas de fondo están ahí. Se discute el lenguaje. Se asemeja al proverbio chino del sabio que señala la luna. Hay quien solamente se fija en el dedo.

Resulta significativo que la izquierda carezca, en general, de planteamientos en relación con el futuro del trabajo. Si hay un tema crucial hoy y hacia el futuro, es la pérdida de puestos de trabajo, la imposibilidad de trabajo para todos y de gran parte de los que queden tengan unos mínimos de dignidad. La reindustrialización occidental a partir de

la crisis pandémica o la guerra de Ucrania, solo se va a hacer de manera parcial y, básicamente, con más tecnología. La significación del trabajo tiene mucho más que ver que con el salario y el reparto de rentas. Condenamos a gran parte de la población no solo a vivir subvencionada sino careciendo de una cultura y una dignidad y orgullo ligadas al trabajo. No dar respuesta a esto, significa no tener un proyecto de sociedad y condenar al mundo al predominio de discursos reaccionarios. El hábitat de la izquierda no debe ser ni el pasado ni el presente, sino el futuro. No hay un pasado ideal de lucha de clases al que volver, como tampoco el fin del trabajo debe significar el fin de la sociedad y de la esperanza.

Centrar el debate político en torno a temas de género, orientación sexual, etnicidad, nacionalidad, animalismo, alimentación, o los toros, significa obviar lo fundamental, lo estructural, que tiene que ver con la producción, la redistribución, el trabajo, la vivienda, el estado de los servicios públicos. Aunque no se pretenda, lo identitario conforma los árboles que no nos dejan ver el bosque. Centrarse en lo simbólico en lugar de lo material es pura retórica ante una realidad cada vez más hostil. Para Richard Rorty (1999), se ha creado una izquierda cultural, especialmente fuerte en las universidades anglosajonas, que prioriza las “políticas de la diferencia”, de la identidad o del “reconocimiento”. Una izquierda que piensa más en el estigma individual o de grupo que en las condiciones materiales, la sensibilidad personal ofendida que en la explotación económica o en la desigualdad social.

Para Mark Lilla (2018), la izquierda, en el momento que se necesita desarrollar una renovada estrategia política, dedica sus energías en dramas simbólicos sobre la identidad. Se olvida de la política institucional, la que puede transformar, para dedicarse a crear movimientos fragmentarios. A su parecer, debería priorizar a la ciudadanía sobre la identidad personal o de grupo. Uno de los errores fundamentales es presentar la política como un enfrentamiento de suma cero, el del Pueblo contra el Poder. Al plantear, también, los asuntos como temas de derecho inviolable, no se deja espacio para la negociación, algo clave en la política. Legalismo progresista frente a la asunción de las preocupaciones populares por parte de conservadores y reaccionarios. El malestar de los desposeídos se canaliza contra el progresismo, en lugar de contra corporaciones o bancos. Genial. Ante una situación creada por el capitalismo, se les prometía a los irritados más capitalismo. Más individualismo, menos solidaridad y menos política. Aunque quizá los términos resulten demasiado contundentes, Félix Ovejero (2018) llega a hablar de “un nuevo oscurantismo revestido de progresismo, que sustituye los argumentos por la intimidación”. Pero el economista catalán tiene razón cuando argumenta que la izquierda se ha alejado de los puntos de vista ilustrados para recalar en otros que serían, por naturaleza, más definitivos del pensamiento conservador.

El problema no radica en la defensa y reconocimiento de las identidades, sino en la prelatura de los objetivos. Desaparece, a pesar de los intentos de la interseccionalidad,

un relato común que aglutine los diversos ámbitos de defensa de las libertades, con un proyecto colectivo y compartido, político, de emancipación material y social. El problema de la izquierda identitaria es que no propone una nueva cultura política, sino que incorpora el egoísmo del individualismo liberal. El identitarismo es perfectamente compatible con los ideales liberales y neoliberales en la medida que no se pone en cuestión la desigualdad social ni los mecanismos de apropiación de rentas. Acabar con una noción de ciudadanía común, de aspiraciones colectivas, fragmenta y debilita la capacidad política transformadora. El repliegue identitario debilita el sentido de la solidaridad que tiene que ver con situaciones objetivas de bienestar social. Lo identitario, más que en el ámbito de lo político, como señala Mark Lilla (2018), tiene más que ver con el mundo de las creencias. Cada identidad tiene sus referencias, sus mitos y sus objetivos. No hay posibilidad de discrepancia política, todo deviene personal y ofensivo.

La izquierda, hace unos años, parece consagrada a dioses menores o, al menos, a dioses particulares. Movilizaciones sobre temas específicos, con carga ritual y muchas dosis de fatalismo. Pureza moral y una pasión desprovista de análisis a largo plazo. Movimientos tácticos obviando algo fundamental como es proporcionar un escenario de futuro. No se plantea una política universal y se valora más la experiencia personal que el pensamiento sistemático. Nick Srnicek y Alex Williams (2017) lo definen como la hegemonía de la “política folk”. Reclamaciones y movimientos sociales que están plenamente confinados en la hegemonía del capitalismo neoliberal. Se reclaman derechos en términos liberales y se remiren siempre al mercado y a la elección como consumidores. Planteamiento horizontalista, planteado desde abajo y desde la afinidad, que acaba por reclamar formas de democracia directa. De ahí, no se estructura un movimiento renovado de la izquierda que se plantee una transformación estructural del capitalismo. Se promueven iniciativas voluntaristas en campos tan variados como el consumo, las finanzas o la educación en el marco de la filosofía de lo próximo y de “lo pequeño es hermoso”.³ Fetichismo de lo pequeño ignorando que con ello no se cambian lógicas de funcionamiento ni se emprenden los grandes cambios necesarios. Satisfacción pequeñoburguesa para mentes sensibles. Lo local impide ver los problemas estructurales de lo global. En las finanzas, esto resulta meridianamente claro. Se prefieren ideas *naïfs*, estéticas, antes que planteamientos realmente contrahegemónicos. No es que la política folk sea maligna, es que resulta parcial, temporal e insuficiente.

Quizás hoy en día las demandas revolucionarias parezcan ingenuas y el reformismo se nos antoja insuficiente. Pero toda sociedad, para no sucumbir y encauzar sus anhelos requiere de un horizonte futuro. Organizar de manera razonable un futuro postrabajo solamente se puede hacer desde una visión colectiva, desde la izquierda. Construir un consenso para reducir la semana laboral, establecer una Renta Básica Universal y fomentar una nueva cultura del trabajo socialmente existente y útil. Como plantean Srnicek y Williams, el reparto del trabajo no pasa por empleos a tiempo parcial, pues ello supone subsalarios. La

reducción de la semana laboral fortalecería el movimiento de los trabajadores, reforzaría su capacidad de negociación para la mejora de los salarios. También reorientar la tecnología. Ésta no es un instrumento neutro vinculado a cuestiones técnicas y económicas, tiene una poderosa influencia social y política. El Estado debe tener algo que decir, no se puede establecer que la tecnología sea una variable independiente. Es demasiado importante, especialmente teniendo en cuenta que en realidad es el Estado el que está detrás de las revoluciones tecnológicas importantes: desde internet hasta la tecnología verde, la nanotecnología o la investigación farmacéutica. Las grandes innovaciones consideradas privadas, como el buscador de Google o gran parte de los componentes del iPhone son el resultado de investigación básica desarrollada y financiada por el Estado. Como ha explicado la economista italiana Mariana Mazzucato (2014), los gobiernos pueden invertir en proyectos costosos y de alto riesgo con probabilidades de fracaso. Resulta evidente tanto su poder de “dirección” de la investigación tecnológica como la obligación de ser beneficiario de los inmensos ingresos que estas generan. Cualquier tecnología es política.

La politóloga y feminista Nancy Fraser (2015), ha escrito sobre la existencia de un “neoliberalismo progresista” que ha facilitado el desplazamiento de la población maltratada hacia el populismo derechista, ya que la preocupación progresista por los nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracismo, multiculturalismo, derechos LGMTQ...) se ha alineado con los modernos negocios dominantes (Silicon Valley, Hollywood, Wall Street...) formando una mainstream dominante que ha resultado insultante para los perdedores de la globalización. Obama encarnaba este progresismo chic bien alineado con el mundo de los negocios tecnológicos y financieros a la vez que con el *star system*. Pura apariencia de progresismo. Obama censuraba en ocasiones los “peces gordos” de Wall Street, pero Wall Street hizo gruesas contribuciones a su campaña y él les encomendó su política económica. Un mes antes de la elección de Trump, Obama escribía en la revista *Wired* elogiando “el irresistible impulso, quintaesencialmente estadounidense, de correr hacia nuevas fronteras y desplazar los límites de lo posible”. Más allá de proyecciones y fantasías, Obama encarnaba el chic neoliberal en su versión más seductora.

La izquierda, su discurso emancipador desaparecía a los ojos de las clases populares. Ante la disyuntiva entre el cosmopolitismo progresista y el populismo patriótico, eligió esto último. Esto, también en Europa. La defensa de “valores postmateriales”, desvinculó al votante socialdemócrata con la izquierda. En el mismo punto de vista estaría lo que se llama el “rojipardismo”, es decir, ideas que combinan planteamientos de extrema derecha con el marxismo, que acusa a la izquierda tradicional de haber convergido con el cosmopolitismo liberal. La división social se polarizaría, ahora entre los que ven el mundo desde “ningún lugar” y los que lo ven desde “algún lugar”. Pensadores de referencia en este campo como el filósofo italiano Diego Fusaro,⁴ creen que la izquierda ataca a un fascismo que es inexistente mientras acepta de manera plena el totalitarismo del mercado.

¹Persona retrógrada, conservadora, reaccionaria (NdelE).

²Acciones referidas al proceso emancipatorio de Cataluña (NdelE).

³Small is Beautiful, ése es el título de un libro impactante en su tiempo, publicado en 1973, del economista alemán Ernst Friedrich Schumacher. Un alegato contra una sociedad distorsionada por el culto al crecimiento económico que vio la luz poco después del famoso Informe Meadows que abogaba por los límites del crecimiento y el “Crecimiento 0”. En España, se publicó por la Editorial Blume en 1977.

⁴Este ensayista italiano, formado entre otros con Giovanni Vattimo, se presenta como vinculado a la izquierda marxista y seguidor del pensamiento de Antonio Gramsci. Forma parte de una corriente de pensamiento que se considera trasversal y que pretende dinamitar los ejes izquierda-derecha. Se ha vinculado a pensadores muy ubicados en la extrema derecha y que practican lo que se denomina el “atrápalo todo”, haciendo del relativismo un dogma, como el francés Alain de Benoist o el ruso Alexander Dugin. Provocan una cierta duda sobre su honestidad intelectual.

Referencias bibliográficas

Baudrillard, Jean (2006) *La izquierda divina*. Barcelona: Anagrama (ed. original 1985).

Berardi, Franco (2017) *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la futurabilidad*. Buenos Aires, La Caja Negra.

Bernabé, Daniel (2018) *La trampa de la diversidad*. Barcelona: Akal.

Fourest, Caroline (2021) *Generación ofendida. De la policía de la cultura a la policía del pensamiento*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Fraser, Nancy (2015) *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el estado a la crisis neoliberal*. Madrid: Traficantes de sueños.

Lilla, Mark (2018) *El regreso liberal. Más allá de la política de la identidad*. Madrid: Debate.

Mazzucato, Mariana (2014) *El Estado emprendedor*. Madrid: Taurus (ed. 2022).

Mouffe, Chantal (2021) *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Ovejero, Félix (2018) *La deriva reaccionaria de la izquierda*. Barcelona, Página Indómita.

Schmitt, Carl (2016) *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.

Srenicek, Nick y Alec Williams (2017) *Inventar el futuro. Postcapitalismo y mundo sin trabajo*. Barcelona: Malpaso.

Traverso, Enzo (2017) *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Virno, Paolo (2006) *Gramática de la multitud*. Buenos Aires: Tinta Limón-Traficante de Sueños.

Zizek, Slavoj (2016) *Contragolpe absoluto*. Madrid: Ediciones Akal.

Cómo citar este artículo

Burgaya, Josep (2014) “Mutación y debilitamiento de lo progresista. De la izquierda social a la izquierda cultural”. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas* Vol. 14 N°27: 20-37